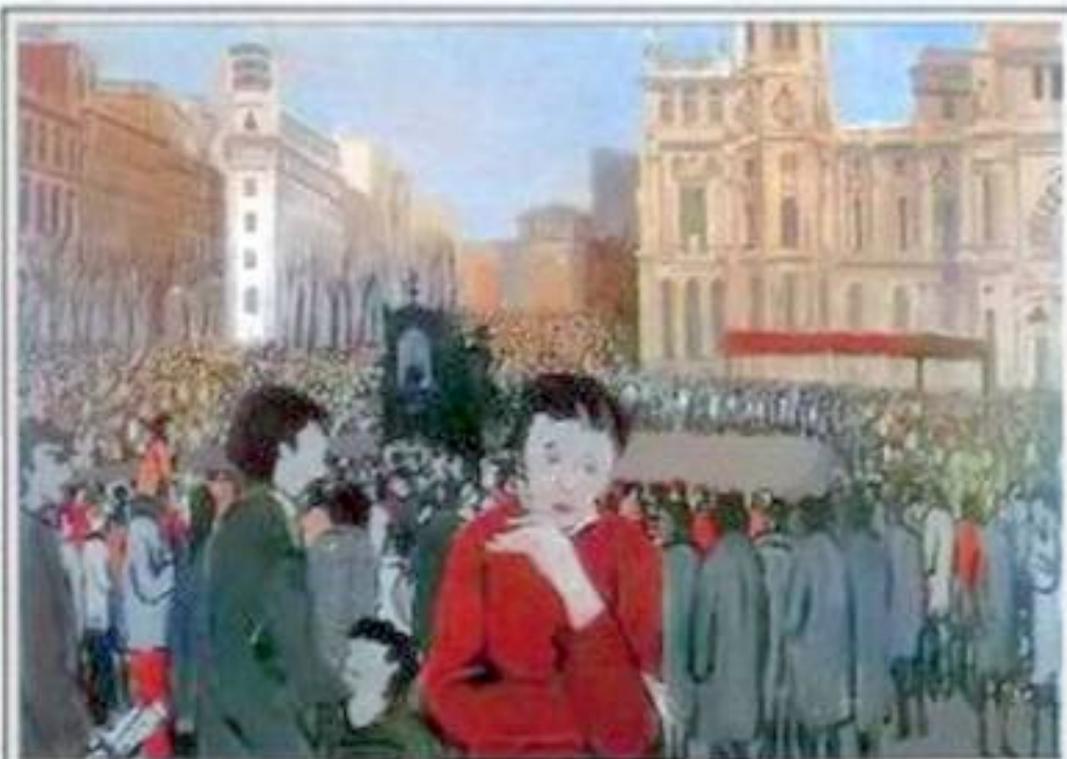


Francisco Umbral Y Tierno Galván ascendió a los cielos



Memorias noveladas de la transición

Y Tierno Galván ascendió a los cielos es la novela de la transición: desde la muerte de Franco hasta el entierro de Tierno Galván, Umbral se relata a sí mismo, o a su personaje literario, al relatar, en tono ácido y desencantado, unos años cruciales de la sociedad española. Las mejores cualidades del Umbral fabulador confluyen, pues, aquí con las mejores cualidades del Umbral cronista: una expresión constantemente creativa, de ritmo indeclinable, sirve de vehículo a la visión caleidoscópica de una época de incertidumbres que encierra, en el desencanto de hoy, el germen de la esperanza de ayer y de mañana. El don poético, el humor y el poderío verbal de Umbral hacen de esta obra no sólo un hito en la prosa española actual, sino un texto imprescindible sobre las claves de nuestra historia reciente.

A Encarnita

*Hijos míos, Dios nunca abandona
a los buenos marxistas*

TIERNO GALVÁN

El caballo, el caballo solo y formal, el caballo tras el cortejo de Franco, nortes de Madrid, pasó por Las Rozas, carretera de La Coruña, hacia el Valle de los Caídos, todo Cuelgamuros, pronto, pesando como el peñasco de Góngora, que ha tantos siglos que se viene abajo, sobre el muerto breve, histórico y sangriento.

Mañana de noviembre por el cielo, con grandeza de nubes y quizá una violencia de aviones no vistos, como el zumbido oscuro de los espacios, como el girar del mundo hacia la tumba de un caudillo. Pero el caballo, el caballo solo y serio, que bajaba de vez en cuando la cabeza, como encogiéndose de hombros entre todo aquello, el caballo entre armones, soldados, otros caballos con jinete, música y silencio, automóviles que avanzaban con el motor dormido, y un perdido jirón gualda y sangre de toro tísico por el aire leve y feo de la mañana, abierta a tanta solemnidad.

Salí de entre la escasa gente, volví la espalda al cortejo y me alejé hacia el quiosco a comprar el periódico, que aquel día era como una gran esquila empastelada en sepia y muerto. Caminé por las calles y cuestas del pueblo leyendo sin leer, pasando páginas, bueno, pues ahora ha llegado el momento, me decía, cuarenta años de silencio y tienes que decidirte, tenemos que decidirnos, algo va a pasar, aún tengo que escribir la columna de mañana, ¿y cómo se escribe una columna sin Franco, sin hablar de Franco, sin aludir malvada y veladamente a Franco, cómo se clava un dardo de papel, cotidianamente, en el corazón de Franco (tantos años haciéndolo) cuando ya no hay Franco?

El pueblo no estaba enlutado, sino silencioso como si hubiera caído una nevada, y la poca gente que andaba por la calle (un pastor sin rebaño, una vieja con leche, una niña que jugaba sola y al saltar a la comba se saltaba su sombra) parecía pisar sobre la nieve. Ahora es cuando viene una democracia, la democracia, no sé, dice Tierno que la demo-

cracia, ¿va a ser Tierno un nuevo Azaña?, me lo dijo la otra noche en casa de Morodo, el mismo chalet con plantas donde vive Adolfo Suárez, a ver qué puede uno hacer por la democracia, ¿por qué esquina va a asomar?, la democracia me parece que tenemos que construirla todos, entre todos, yo con mis columnas, claro, y saliendo a la calle y pegando gritos y dando patadas a los escaparates de la Gran Vía, si hace falta, hay que volver a Madrid, lo primero eso, volver a Madrid, ya no vale este agujero de whisky y literatura, este exilio disimulado que a nadie engaña, tantos años esperando y ahora no sabemos por dónde empezar, seguramente, tantos años preparándonos, vamos a ver, cálmate, a ver con qué gente se cuenta, el caballo, el caballo, era el caballo de Franco, descabalgado, ya sin jinete, que iba tras él, como en el entierro de Kennedy, eso tenía cierta grandeza, mira, lo meteré en la columna, al fin un detalle estético en nuestro César hortera y enano, vamos a ver con qué gente se cuenta, cálmate, a ver cómo se lo montan, yo he visto el cortejo, camino de un olvido de piedra, pero no sé qué va a pasar, ahora se comprende mejor la voladura de Carrero, el pueblo estaba nevado de silencio, había como una borrachera silenciosa, como una alegría muda por las tabernas donde entré, Carrero era la roca que cerraba la gruta, ya hemos salido a la luz de abril, el mes republicano, aunque sea noviembre, las televisiones de taberna eran un ritual de luto y ministros, estaban sin sonido, sin música, la niña se saltaba su sombra, Fernández Miranda iba de viudo oficial del franquismo, eso, a ver qué gente tienen y qué gente tenemos, Fernández Miranda es ahora como más importante, hay gente que se vuelve importante en todas las muertes, igual pasa en las familias, hay protagonistas inesperados de velatorio, a Fernández Miranda se le ve más que a Arias Navarro, en la tele y en el periódico, la muerte le ha dado una grandeza que no tenía, la muerte del otro, ¿tiene lumbre?, no, gracias, no fumo, ¿y por qué gracias?

Crucé entre las cabras de todos los días. Había una rubia que me gustaba mucho. Fraga. Fraga es el más peligroso. Areilza. Areilza puede traernos una democracia pactada y de trámite, a veces hablamos de literatura, de José Pla, que a los dos nos gusta mucho, vive aquí al lado, en Aravaca, yo de Areilza me fío, sería una solución, de momento. A ver los nuestros. Ridruejo no vive para verlo. Se metió mucho whisky en la última Feria del Libro. Tierno, el nuevo Azaña, es demasiado de momento. Carrillo debe estar fumando con los carabineros, en la frontera. Dice que vienen los socialistas del exilio, Llopis y todo eso. Otra vez la guerra civil. Camacho en la cárcel y enfermo, Tamames escribiendo junto a la gran cabeza de Marx, en su estudio, la monarquía, claro, la monarquía, pero dentro hay que meterle algo a la monarquía. La monarquía no es más que un diván alfonsino y todo depende de quién se siente en ese diván. Aquí no se va a mover ni Dios. Areilza me sigue pareciendo el hombre/transición. Tendrá que dejar a medias el *Cuaderno gris* de Pla, lo siento por Pla, yo ya he terminado el libro, qué gran estilista de la sencillez, qué barroquismo de lo llano.

Tamames, Morodo, Paco Ordoñez y Luis González Seara decían aquella noche, bailando en un chalet de Mirasierra, que lo mejor era una democracia coronada y de derechas, que nos permita ir trabajando poco a poco hacia otra cosa, recambio paulatino de hombres, elecciones generales, la hostia, más vale subir a hacer la columna, la columna más difícil de mi vida, el pueblo estaba como nevado de silencio y miedo, era un pueblo de Marte, Las Rozas de Marte con televisión de la Tierra, alguien se ha muerto allá abajo en la Tierra, oyes, Barreiros, el camionero de Franco, me dijo la otra noche, en casa de los Fisac, que aquí la izquierda va a ser la Falange y la derecha los requetés, y todo arreglado.

En la buhardilla/refugio, enmoquetada de azul, pequeña y armónica, me tomé un chivas con dos optalidones y agua del grifo y me puse a escribir la columna. El caballo de Franco, una cosa meramente estética, cautamente sombría y cautamente alegre, el caballo descabalgado por la muerte como metáfora de una dictadura que se ha venido abajo, Azorín escribió sobre los pueblos regidos por hombres a caballo, glosando un retrato ecuestre de Franco, creo que de Vázquez Díaz o así, Azorín era un cobarde y tenía una prosa cobarde, Maura, de la Cierva, Franco, he ahí su trayectoria, recuerdo cuando sacamos el cadáver por la calle de Zorrilla, luego me enteraría de que el caballo era de un soldado que se desmayó, Franco se nos ha ido sin siquiera ese momento de efecto cesáreo, tenía una estética de sargento y le gustaba *Marina*, como le contó una vez a Laín, ¿y qué coños va a hacer ahora Laín?

Cogí uno de los autobuses que bajan hasta la Moncloa, para llevar la columna al periódico. La gente, en el autobús, estaba de luto falso. Aquello parecía el ómnibus perdido de Steinbeck. El autobusero llevaba encendido un transistor rezante y éramos como un rosario colectivo y de viaje hacia Madrid, hacia un Madrid igual y distinto, nublado y de todos modos libre, donde quizá la gente había empezado ya a matar y morir. A eso iba yo dispuesto, a matar y morir. Pero entregué la columna disciplinadamente, como todos los días.

Licaria era una falsa rubia, una falsa adolescente y una falsa estudiante. Después de entregar la columna en el periódico estuve en el apartamento de Licaria, Castellana orilla izquierda, y tenía la televisión puesta, una televisión pequeña en blanco y negro, y andaba en bragas por la casa, como siempre, metiéndose una hebra o pintando a la acuarela hindú, Fernández Miranda se asomaba también por aquella televisión, cuyo blanco y negro enlutaba más las es-

cenos políticas y mortuorias, Arias Navarro lloraba y leía el testamento de Franco, pero el protagonismo lo seguía teniendo Fernández Miranda, a quien yo había conocido de director general de Trabajo, en el Club Internacional de Prensa, y ahora era como Maquiavelo y el príncipe juntos, con una franja de luto en el abrigo, Licaria quitó el sonido al aparato al entrar yo:

—Lo quito porque de vez en cuando llora el del bigote y lee un papel, pero están echando muy buena música todo el rato. Debía morirse un jefe de Estado cada semana. Debiera morirse Franco todas las semanas. Serán fascistas, pero para la música tienen gusto.

—Puedes probar a quitar la imagen y quedarte sólo con la música.

—Este mueble es alquilado y no tiene tantas cosas. O lo vemos así o lo cerramos.

Licaria se había venido de provincias a las husmas de la muerte de Franco, inminente por unos meses, «no quería perderme la gozada de Madrid en esos días», no quería perderse la gozada de Madrid en esos días, me dijo cuando la conocí en el Eurobuilding, donde me pareció que andaba de putuela para los ejecutivos extranjeros, pero luego resultó que iba de camello, o quizá promiseaba las dos industrias y lo que la había traído a Madrid era la agonía del Caudillo como ocasión de introducir material en las orgías que tenían lugar cada noche por la ciudad, precelebraciones de una fiesta fúnebre que estaba cantada, y hasta me parece que se la vio en el estudio del pintor Úrculo, que fue uno de los que mejor se lo montaron en aquellas noches de alegría y muerte, Fernández Miranda de perfil, como el pájaro que era del bosque astur, Fernández Miranda de frente, que también era perfil, mi instinto periodístico, si es que tal cosa existe, me decía que aquel hombre se había hecho de pronto con una misteriosa capitania de la nación a la muerte del César Visionario, y por la tele también vimos el caballo, el caballo hermoso y solo, detrás del ar-

món, pero en blanco y negro, era un caballo ruano, muy brillante, le dije a Licaria, lo he visto esta mañana al pasar por mi pueblo, dicen que es el caballo de Franco, o sea un símbolo, con Kennedy me parece que hicieron lo mismo, y otra vez Fernández Miranda, mientras Licaria se fumaba un porro de has en la cama y yo me la follaba, hasta que le venía el grito y tiraba el porro, y descendían sobre ella su Patty Smith, su Virginia Woolf, su Mozart y su Rimbaud, todo el zodíaco provinciano de su adolescencia falsa, y luego empezábamos otra vez, ahora yo debajo, distendido y erecto, viendo por entre las piernas de ella aquel protocolo silencioso de ministros y generales, salió hasta Pinochet, Licaria era muy buena cuando se ponía encima, muy buena con la boca, con las manos, con el coño, una muñeca hinchable que había leído a Virginia Woolf, dio un salto hacia el televisor y puso la música, bajita, la Misa Solemne de no sé quién, dijo mientras se me acoplaba, yo de música no entiendo, Licaria obtenía sus orgasmos lentamente, suavemente, dulcemente, musicalmente, mientras tenía dentro un falo, o una pastilla de jabón o la mano lacada de una amiga, Efrén, Rita, cualquiera de las gentes que pasaban por aquel pequeño apartamento de moqueta rata y estampas orientales, con dialectos árabes en las paredes, Licaria gemía de placer y dolor mordiendo mi hombro derecho con su boca podrida y la misa solemne o de réquiem o lo que fuese no terminaba nunca, Fernández Miranda hubo un momento en que le volvió la espalda a Pinochet, se movían todos como Aldrin en la Luna, aquel desaire fue para mí el primer signo de que algo iba a cambiar en España, el político del momento, el Maquiavelo del entierro no quería salir en la tele junto al militar chileno, el doble exagerado (como todos los dobles) de Franco, Pinochet nos miró con sus gafas negras a todos los españoles, aureolado por la música de Bach, Mozart o quien coños fuese, y Licaria, en la posición del loto sobre la cama, se hacía otro petardo con sus manos de uñas comidas y sortijitas de criada.

- ¿Comemos un poco?
- Bueno, algo hay por ahí.
- ¿Tomates y ganchitos?
- Y un huevo que quedó de anoche.

Había estado yo en la plaza de Oriente, armón de Franco, capa de Pinochet, las carrozas reales en rueda, como las diligencias del Oeste, colas para ver al Caudillo muerto, lutos de barrio, besos de saliva enferma, boinas rojas, villaverdes, fernandoséptimos, berengueres, sobrevolando la capilla ardiente, Nuria Espert en su altillo con una picassiana antorcha de la libertad/Guernica, como ángel exterminador de la gran escena, Bergamín en su buhardilla, murciélago del estilo, Espíritu Santo del demonio, como en la greguería de Ramón (se iría luego a Euskadi, con los etarras, a luchar y morir), parados en las esquinas, un la gorrilla parda, como sobrantes de la Historia, pretorianos con los cascos velados por un sol que no había, Larra asomado, desde su cercana Santa Clara, (un curiosidad de muerto, jirones, mirones, porteras, ariasnavarros lloricas, falangistas culones, fanjules herméticos, todo el plazaorientalismo de cuarenta años en una rueda nacional, en una rosa negra, en una mañana política y tatuada. Los corresponsales extranjeros lo filmaban todo y ya no sabía uno si sentirse Hitler, ante la cámara, o sentirse judío exterminado o pastilla de jabón. Fernández Miranda estaba sin estar, y pasó la bandera española, como un galeón de seda por el cielo náutico y plata de los descubrimientos. España se subía a las farolas fernandinas firmadas en hierro por el monarca, aquí nace la Utopía, me dije, la utopía de la libertad, veremos cuánto dura.

Fernández Miranda sale de consultar con el Rey, todavía no coronado, de consultar con Tarancón, cardenal de diarrea y tabaco negro, cura macho, de consultar con Arias Navarro,

de consultar consigo mismo: primero se corona al Rey, así con mayúscula, luego se le da una terna para que elija presidente y luego empezamos a desarrollar las libertades a partir de lo escrito en piedra por el Régimen. Hay más materia negociable de lo que parece. De momento, Arias va a llevar la cosa con una mano de Franco y otra de santa Teresa, y, para el pueblo, mucha televisión con el testamento del Caudillo, todo atado y bien atado, el carnicero de Málaga llorando con música de Mozart, las instituciones, hay que desarrollar las instituciones, ¿y para la terna? Sánchez Silva, ministro eficacia, católico del Ya y novio de Aurora Bautista, que le compra en Italia las camisas de seda, y quizá Areilza, sólo quizá, se está volviendo muy liberal y casi un volteriano de derechas, y, fijo, este chico nuevo que va a sorprender al país, Adolfo Suárez, ya cortó oreja con su discurso sobre las familias políticas, que a Franco no le gustó nada, eso es ir preparando los partidos, Fernández.

—Eso es ir preparando los partidos, Fernández.

Y el Caudillo se había rascado la vejez de la cara con una mano parkinsoniana y enchufada a algo.

A Juan Luis Cebrián le había conocido yo por las redacciones de Madrid —*Informaciones*, *Pueblo*—, siempre primero de la clase, siempre rubio, aplicado y hermético. Nada más salir *El País*, me llamó una noche: —¿Ves este periódico tan serio que hacemos, esta cosa con tanta barba? Bueno, esto necesita un columnista, y a mí el único que me gusta eres tú.

Tenía ya el pelo de niño pilarista despeinado a partir de la raya, y peinado de la raya para abajo.

Pelo y barbita y bigote de un rubio sucio, se retorció y torturaba mucho aquella perilla entre benaventina y romántica, sonreía para un lado, como reservándose el misterio del otro lado de la cara, y miraba con un ojo claro y amigo y con el otro ojo entornado, irónico, cínico, penetrante y

peligroso. Parecía menos seguro de lo que todos teníamos seguro: el éxito de su periódico, un *Le Monde* mejorado y con más marcha histórica, pues en España estaban pasando cosas, y en Francia no pasa nada desde Napoleón.

El primero de la clase de todas las oscuras redacciones de Madrid había encontrado una fórmula nueva e iba a echarla a andar. Lo que le salió fue un brillante cruce del *Washington Post* y el Banco Español de Crédito.

—¿Lo celebramos con un whisky? —le dije.

—Lo siento mucho, pero voy a hacer un periódico abstemio.

Y desde aquel momento comprendí, aunque luego estuve muchos años en la casa, que yo acabaría mal con aquel periódico.

Estábamos reunidos en Bogart, unas noches más tarde, en un homenaje/cena a Nacha Guevara, la gran *show/woman* argentina, cuando corrió la noticia y la sangre, que los fascistas y los incontrolados andan sueltos por Madrid, que han matado a los abogados de un despacho laboralista, en Atocha, ¿y qué hacían a estas horas en el despacho?, no, parece que hace rato, esta tarde, Gemma Cuervo, bella y alada como un cruce de águila y princesa, Buero Vallejo, gente del cine y del teatro, periodistas, torcieron la llama todas las velas a cuya luz cenábamos, como si el viento de enero y violencia que andaba por la calle hubiese entrado en el restaurante, en Bogart, Bogart, esquina Barquillo, estábamos en Bogart, un rincón famoso de los intelectuales y los comunistas, si esas patrullas de niños fascistas andan sueltas, seguro que nos hacen una visita, pero tampoco vamos a irnos, habrá que seguir cenando, Buero había terminado (o no cenaba nada) y fumaba su pipa con la serenidad o la resignación del hombre que ya ha estado condenado a muerte, y por los mismos.

Nacha Guevara era como un Kafka femenino y recrecido, sus números eran originales, finos y pedantes, como todo lo argentino, llevaba en el repertorio cosas de Brecht y de Beckett, y, cuando me pidió algo mío, en seguida la imaginé en un sketch haciendo de Kafka femenino, pero no nos pusimos de acuerdo en la plata, como decía ella, la cena fue ya una ceremonia falsa, fría, las velas empezaron a tornarse mortuorias y todo el mundo tenía prisa y miedo de marcharse, pero estábamos allí, los intelectuales y las intelectuales, los periodistas y los rojos, las cómicas y los maricones, como sansebastianes atados al tronco macho de Bogart, esperando ser flechados por los chicos de Girón, de José Antonio, de Blas Piñar, de quien fuera, pero no pasaba nada y era peor, ah la delicada intelectualidad continuando sus diálogos sobre la mentira platónica y el nacimiento de la Utopía, porque la Utopía acababa de nacer del charco de sangre y mierda que había dejado el cuerpo de Franco debajo de la cama, los falangistas no llegaron a entrar, pero anduvieron muy cerca (quizá no conocían el sitio), en el pub Santa Bárbara, donde obligaron a la gente a cantar el caral-sol, cuchillo en mano, ¿era la noche de los cuchillos largos?, más seguros estábamos aquí que en nuestras casas, más seguros no sé, pero siempre nos queda el consuelo de morir entre amigos, qué clima de última cena donde Buero hubiera podido ser el Cristo que nos repartiese (un Buero con más desinhibición) el pan y el vino de Leonardo, en cuanto se fue la primera pareja el local empezó a vaciarse, a Nacha le dábamos besos planos y urgentes, ella iba de plumas azules y ojeras negras, era un pájaro alto, femenino y frío, un lujo apócrifo y francés, o sea argentino, qué ave para el cuchillo virgen de los arcángeles fascistas que recorrían la noche, pero hasta para matar hay que tener una cultura y aquellos épicos iban al bulto, alguien se demoraba para encender un puro en un último candelabro, era un alarde de serenidad intelectual, yo me eché a andar solo por las calles pensando en Licaria, su aspecto no era el más indicado

para que los del cuchillo la pasasen de largo, Licaria, que había venido a Madrid para no perderse la gozada de la orgía posfranquista, pues toma orgía, llamé a su casa desde la tercera cabina que vino a mi encuentro, las dos anteriores estaban desgualdradas hacía mucho tiempo, pero en aquella noche de catástrofes predichas (la verdad es que nadie había visto nada) me pareció que los fascistas acababan de pasar por allí, Licaria no estaba en casa, como yo me temía, o como yo prefería, de modo que seguí caminando hacia Malasaña, en su busca, tendré que hacerme todo el camino a pie, se ve que esta noche no circula un puto taxi, y esto, la ausencia de taxis, fue la primera evidencia que tuve de que un viento armado y negro recorría efectivamente aquella madrugada de enero, los taxistas, el viejo y querido gremio callejero, presienten la lluvia y las movidas violentas antes que nadie, y se van a casa, como los gatos presienten la muerte cuando la muerte todavía está subiendo la escalera, lo que hace falta es que no se me cruce ninguna de esas bandas, o que no me reconozcan o que me acierten rápido en mi corazón de as de corazones, que lo peor de esa gente es el cachondeito sin gracia, el morbo y el olor a mamá, sobre todo el olor a mamá, dulce y asqueroso, que les acompaña toda su vida, hasta cuando están matando.

Llegado a Malasaña, me asomé al café Ruiz, a Manuela y a otros sitios, pero el cirio estaba en la plaza, los arcángeles azules con alas de cuchillo persiguiendo a los del rollo por las esquinas, por las calles en cuesta, por las escaleras pinas y sonantes de las casas, hasta la buhardilla de tocata y maría, me asomé a algunas refriegas, un zumbadillo con la sonrisa en los labios y la cabeza en rajadas de sandía, por un bate de béisbol, los insultos de las chicas sonaban ronc y los confusos falangistas las acometían con la atroz castidad del crimen, llenos de «virtud revolucionaria», o contra, que viene a ser lo mismo, Efrén tumbado en un banco de la plaza, con una pierna en el suelo, Efrén era al-

to, gordo y guapo, un poco elefantito, niño de cara y malvado de sonrisa, creía que estaba durmiendo un viaje, pero estaba herido:

—Efrén, busco un taxi y te llevo a casa.

—Ni hay taxis esta noche ni yo tengo casa.

Y quebró el drama y la sangre de su rostro con aquella sonrisa que tenía, refinada e inútil.

—Si vienes buscando a Licaria —me dijo—, está allí enfrente. Han echado el cierre, pero puedes entrar por la portería.

Un grupo de chicos y chicas estaba rodeado, en una esquina de la plaza, por los épicos de aquella noche, y una pecera de cuchillos estalló en el aire cuando ellas empezaron a defenderse con esprais, mientras los chorvos corrían a las motos, esprais para él pelo, para las pintadas, esprais para el coño, para las axilas, yo qué sé, esprais que disparaban a los ojos de los incontrolados, cegándoles, y así huyeron ellas hasta las motos ya en marcha, hasta las cabras de cementerio de automóviles, viejas y veloces, y yo entré en Napi por la portería, como me había dicho Efrén, aunque conocía el truco, y allí estaban las jais, como bultos desnudos en la oscuridad, y unos rockeros con cadenas, bebiendo coñac malo en la barra, esperaban la llegada de los niños pijos para partirles la inteligencia con un latigazo de hierro. Licaria, completamente fumada, estaba con Sabela y con otras, sentadas en el suelo en torno a un transistor que tocaba algo de Sting, tuve un primer golpe de vista, ése que no falla, entre Sabela y Licaria había algo, seguro, era como si antes lo hubiera sabido sin saberlo, me hicieron un hueco entre ellas y me senté en el suelo con un whisky a medias que me dio alguien, a escuchar a Sting, que ahora era Vivaldi, Licaria me miró con la gratitud excesiva de que hubiera ido a buscarla y cogió mis manos con su mano húmeda, y hasta probó mi whisky, aunque no gastaba, en un gesto casi religioso de comulgar conmigo, Licaria vivía de gestos así y otros peores, sabe a caramelo, dijo, como